



**LA NOVELA
CORTA**

LA FLOR DE LA PLAYA
por
Carmen de Burgos
(Colombine)

10 cts.

3

ESTA OBRITA NO
N.º 231
SE PUESTA

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 28
Mayo 1920

Si esta Revista no tuviera otro fin que el mercenario de un negocio editorial, se limitaría a publicar semanalmente una novela inédita. Pero LA NOVELA CORTA, atenta exclusivamente a su apostolado de divulgación literaria, ha rendido un homenaje por igual, tanto al talento de nuestros más ilustres escritores contemporáneos, como a la memoria imperecedera de los Novelistas Españoles del siglo XIX, injustamente preteridos, publicando simultáneamente con estos trabajos, LOS CANTOS POPULARES, LOS REFRANES ESPAÑOLES, EL QUIJOTE, EL EPIGRAMA ESPAÑOL, EL ROMANCERO y LAS LEYENDAS Y TRADICIONES ESPAÑOLAS. Consecuente en su apostolado cultural, publicará el 12 de Junio la

HISTORIA ANECDÓTICA DE LA NOVELA ESPAÑOLA

cuyo excepcional amenidad e interés supera
de todos los números de LA NOVELA CORTA

LA FLOR DE LA PLAYA

NOVELA INÉDITA

R-4673-A

POR

Carmen de Burgos (Colombine)

I

Al entrar en el túnel de la estación del Rocío se estrechó llena de temor con tra el cuerpo de Enrique... Era su primer viaje en ferrocarril, y había pasado toda la noche sin poder dormir, desvelada, mirando por la ventanilla con el deseo de ver los célebres paisajes de Sierra Morena, y sin poder distinguir nada más que aquel otro vagón, paralelo al suyo, que se reproducía en la noche como un espejo.

Hacia ya tres años que Elisa y Enrique tenían relaciones. Se habían conocido un día que ella salía del taller de modista donde trabajaba, y él volvía de la oficina del Ministerio de Gracia y Justicia, donde estaba empleado... Durante más de dos años habían paseado todas las tardes por las calles más solitarias a la hora del atardecer, lo mismo en los días serenos que en los que tenían que apretarse uno contra otro bajo el toldo del paraguas cuando no tenían para entrar en un cine o en un café.

Para verse a solas tenían que andar a salto de mata. Enrique no podía entrar en la casa de ella, que aunque huérfana, no tenía toda su independencia, porque vivía en compañía de una amiga, modista como ella, de algunos años más, a la que consideraba como a una hermana mayor.

El amor de Enrique las había separado mucho. Antes de conocerlo, siempre estaban juntas y juntas pasaban los alegres días de pobreza, en los que la juventud se sobrepone a todo. Ahora seguían haciendo su vida juntas, pero las mejores horas, las de descanso, estaban separadas. Se habían acabado sus jiras, sus bailes, sus diversiones. Elisa salía solo con Enrique, y solo cuando él las invitaba, iban juntas al cine o a la Moncloa.

Remedios no se había quejado del cambio; estaba llena de tolerancia para aquel amor que ocupaba toda la vida de su amiga. Elisa y Enrique se amaban cada vez más, con mayor entusiasmo y mayor ilusión. No hablaban nunca de casarse, sino como de una cosa lejana... Ella apenas ahorra para comprarse sus vestiditos sencillos, poder tener en el tocador agua de Colonia, jabón y polvos, con algún frasquito de crema Simón y alguna esencia de las que venden por onzas. Su lujo, lujo de modista madrileña, eran los zapatos, descotados y de tacón muy alto, con las medias finas y la cabellera bien peinada para salir a pelo o con un velillo puesto de careta, flotando sobre la espalda de un modo tentador.

Así no era posible que ella llegase a reunir para las sábanas, colchones, manteles y todas esas cosas que el protocolo exige que lleve la novia al matrimonio para que luego el marido no tenga que echarle nada en cara.

El, con su pequeño sueldo, hacía bastante con pagarle a la patrona, de un

Las novelas inéditas que publica esta Revista son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

piso cuarto de la calle de la Montera, vestirse decentemente, con arreglo a su clase, y poder tomar un café o tener con su novia alguna pequeña atención. El empleado de 2.000 pesetas era, con más humos, el equivalente de la modista; y no podía pensar en los gastos que supone la boda. Habían arreglado su vida; que se deslizaba feliz y tranquila en su medianía.

Ahora, con las nuevas plantillas, su situación mejoraba, podría tener cierto desahogo. Le debían ya muchos meses de aumento, un aumento que por una de esas combinaciones semejantes a los juegos de azar le habían triplicado el sueldo. Habían empezado los proyectos desde el primer mes. «Cuando cobre te compraré una blusa de seda lavable, y para mí un pantalón de rayas. Lo celebraremos en la Bombilla.» El segundo mes: «Cuando cobre te compraré unos zapatos y medias de seda; y yo me compraré un traje. Iremos al Escorial.» El tercer mes: «Cuando cobre...» Cada vez eran más vastos los proyectos. Ya se iba aumentando la cantidad, hasta tener que recibir algunas miles de pesetas...

—¿Y si nos fuéramos juntos de veraneo?

Después de lanzada esta idea, ya fué el tema de todas las conversaciones lo que iban a hacer para pasar un par de meses juntos y felices,

Como si la suerte quisiera que realizasen aquel ensueño, Enrique había cobrado en julio un fortún: 3.700 pesetas.

Entonces empezó la discusión de adónde irían. No había que pensar en playas de moda, se gasta mucho, y ellos lo que deseaban era estar juntos, solos, olvidados del mundo... Una de esas playitas modestas, donde apenas van bañistas... Empezaron a informarse y alguien les habló de Portugal... Desde el primer instante los ganó este proyecto... Aunque el viaje era tan corto como ir a un pueblo de España, al fin esto era salir al Extranjero... ir a una nación más libre, donde se verían a cubierto de la fisgonería de las patronas españolas. Allí ella pasaría por su mujer, y a la vuelta... ¿quién sabe?

Resuelto el viaje, Enrique pidió su permiso, un mes, desde primero de agosto, que contando con la benevolencia de los jefes, que tendrían en cuenta que era su primer permiso en doce años de empleado, podría prolongar hasta el 15 de septiembre.

Elisa tenía que dejar el taller... Si la maestra se enfadaba, ya verían lo que había que hacer... No había que apurarse, porque él estaba allí.

Fueron días muy ocupados los que precedieron al viaje. Tuvo que coser para ella, con ayuda de Remedios, que le probaba los vestidos. Se compró una faldita de lana blanca y otra azul, para un gersey color cereza, que había sido su ilusión durante mucho tiempo; con esto y sus blusitas ya tenía para ir muy bien. Pero Enrique, no contento con eso, le había comprado la tela para un vestido de seda negra y para una bata clara, y hasta una gabardina hecha... Elisa vestida como una reina... Remedios cuidaba de que no se le olvidase nada... Sus cosas de tocador... el infernillo... una plancha y varios cacharros. Toda la ropa que poseía, hasta la de abrigo *por si acaso*...

Enrique había perdido la cabeza comprándose cosas... Docenas de calcetines, puñuelos, una multitud de corbatas e innumerables cuellos y camisas... Se había comprado los zapatos blancos y los trajes de hilo de los elegantes de playa... y trajes de americana... hasta un traje de *chaquet* elegantísimo.

Con todo preparado, tomaron cada uno un coche para la estación de las Delicias. Llevaban demasiados bultos a mano, después de haber facturado el baúl... Las dos maletas, el portamantas, los saquitos, la cesta de la comida, en la que no había cabido la fruta y el pan, obligando a hacer dos bultos más... No se había olvidado nada... vino, botella de agua, el termo con leche y café, porque el correo no lleva restaurante.

Remedios acompañó a su amiga a la estación y lloró sinceramente afligida de su ausencia al despedirla; Elisa sentía dejarla, pero aunque hizo esfuerzos para compungirse no pudo llorar, iba tan contenta! En cuanto el tren se puso en marcha y ella ocupó su asiento al lado de la ventanilla de su vagón de segunda clase, empezó su papel de esposa... La primera alegría había sido el cambio. Un mila-

gro como el del pan y los peces. Con cada duro español compraban dos duros portugueses... Los billetes de veinte escudos, los de dos mil quinientos reis y hasta algunos pequeñitos de 10 y 5 centavos formaban un fajo abultado. Aquella baja tan enorme del dinero portugués constituía su felicidad.

Desde Valencia de Alcántara donde tuvieron la sensación de pasar una frontera, hasta Lisboa, el suelo verde y fértil de Portugal les ofrecía una buena ventura.

Parecía que se habían azulado las tierras áridas; los rios, pobres antes, se ensanchaban para sembrar vida y fecundaban a su paso... Estaba todo cuidado, todo poblado, los eucaliptus sombreaban el camino de la vía férrea, agitando su ramaje con ese rumor de papel que tienen las hojas, siempre secas y como falsilibradas del eucaliptus... Alegres pueblecillos se aparecían a un lado y otro del camino... Era todo tan alegre, que comunicaba una sensación de bienestar... Oían con encanto aquel idioma en el que *entendían* muchas palabras españolas; pero *no comprendían*.

Pasado aquel mal rato del túnel, donde callaron todas las conversaciones, se encontraron en la estación de Lisboa; sorprendidos de bajar en ascensor de un tercer piso para encontrarse al nivel de la calle. Aquel tren había entrado por los tejados... Estaban en medio de Lisboa al lado de aquella gran «*Plaza de Don Pedro IV*», que todos conocían por *el Rocío* y que era el centro de la vida de la población, como la *Puerta del Sol* en Madrid.

Se hospedaron en un hotel de la plaza y acudieron al balcón, ávidos de ver aquella gran ciudad que se les aparecía de un modo tan extraño.

El espectáculo era sorprendente. La gran plaza parecía un hermoso parterre, con sus proporciones regulares y armónicas, con su piso de ese mosaico original, de menudas priedrecitas, que recuerda los mosaicos pompeyanos. Dispuesto en caprichosas ondulaciones, fingía como una especie de oleaje, de desigualdades graciosas. Las dos fuentes y la estatua del Rey sobre su alta columna lo ornaban con la sobriedad monumental de aquella Lisboa que construyó el Marqués de Pombal sobre las ruinas de la Lisboa antigua. Todos los edificios que la rodeaban acrecentaban su belleza. Todos eran casi de una misma altura, no excesiva; edificios nuevos, brillantes de luces, comercios que, como los de Niza, sacan a la calle sus saldos... A un lado la elegante fachada del teatro Nacional, coronada por la estatua de Gil Vicente; en frente se veía a un lado el edificio suntuoso de la estación y al otro el elevador de hierro del Carmen, al pie de la iglesia, aún en ruinas, con sus arcos decorativos llenos de cielo. Sobre las terrazas se distinguían jardines y palmeras altísimas, que ofrecía una de las siete colinas en que está asentada Lisboa. A sus pies el bullicio de la plaza, el ir y venir de gente, el cruce de los tranvías gigantescos con que afluyen allí de todas las líneas, y la doble fila de automóviles y coches, que la rodeaban, aumentando su aspecto de suntuosidad.

No tenían gana de descansar; se lavaron deprisa y se vistieron para salir. El hizo un gesto al velo. Nada de velo aquí. Era preciso comprar un sombrero... Ya no estaban en Madrid, donde se hubiera criticado su cambio de indumentaria... Además, siendo su esposa habría de llevarlo. Estaban encantados de Lisboa, respiraban ávidamente su aire, se bañaban en la luz dorada; caminaron en todas direcciones, dispuestos a encontrarlo todo bien. Aunque los comercios eran más pequeños y menos lujosos, ellos los exaltaban tomando por tipo los almacenes del Criadó.

En Madrid no había un bazar así. Allí compraron el sombrero, su primer sombrero. No había sido cosa fácil la elección. Acostumbrada a no verse con sombrero, con ninguno se encontraban bien. La cabeza, no adaptada a esa moda, parecía repelerlos; estaba como si se lo hubiesen arrojado desde lejos y le quedara mal colocado. Al fin, encontraron uno que merced a sus alas encubridoras le sentaba mejor y lo compraron... Hacían falta los alfileres... y un velito... Su rostro fino, delicado, picaresco, estaba delicioso. ¡Pero qué trabajo le costaba estar así!... El velo le mareaba, el sombrero le impedía los movimientos. Tomaba

un peso extraordinario sobre su cabeza... Y luego todos aquellos detalles que Enrique había querido comprar... Guantes, sombrilla, bolsillo... todo era muy bonito, muy de moda... Estaba era una señora, y cuando pasabas por delante de un escaparate con espejo no se reconocía.

Se sentía satisfecha, encantada y al mismo tiempo molesta, cansada de llevar todo aquello, ella que tenía costumbre de caminar tan libre y tan desembarazada.

II

Ya estaban en aquella pequeña playita de los Manzanos, donde se proponían descansar del agotamiento del viaje y de los días de Lisboa. Aquellos cinco días en que habían querido verlo todo... Los Jerónimos, el Museo de las Venianas Verdes, San Roque, Belem, los barrios pintorescos de Gracia y los hermosos jardines de La Estrella, Los Langeiras y Campo Grande. En Cintra se habían detenido dos días para ver sus palacios reales y sus jardines, con la excursión al Castillo de los Moros y al de la Pena, viendo las huellas frescas aún de su último rey que había huido desde aquel lugar al Extranjero.

Rendidos, llevando una confusión de recuerdos de aquellos días, el silencio y la paz de las Manzanas les causaba un efecto tranquilizador y grato. Allí iban a descansar, a gozar de la Naturaleza, a ser felices, viviendo el uno para el otro durante el mes y medio de que podían disponer aún.

Cambiaron su primera impresión.

— ¡Qué bonito es esto! — dijo ella.

— No hace calor — añadió él.

Se había detenido el tranvía eléctrico que los había traído desde Cintra a la entrada de la pequeña aldea que se formaba alrededor de la playa. Estaban admirados de aquel tranvía, que bajaba de la sierra al mar por medio de los campos, uniendo los pueblitos y las aldeas diseminadas en el valle y en los repliegues de la montaña; Calomares con su pequeño río y sus casitas de nacimiento. Colares, con los soberbios campos de viña, que dan el famoso vino... y los lugares de N. Carvalho, M. Santos Ribeira, Colares, Bauzas, y el Pinar, ocultos entre la hermosa vegetación.

Al bajar del tranvía, un próximo deseo los impulsaba hacia la playa que estaba a la izquierda. El deseo de ver el mar. ¡Hacia tantos años que no lo había visto! El, desde que vino a Madrid de diez y seis años. Ella, desde que viviendo sus padres estuvieron en Santander, cuando todavía era niña.

La playita era pequeña, encajada entre dos salientes de las colinas rocosas, con arena menuda, y surcada por el río Golomar, que desembocaba allí, convertido en el riachuelo de las Manzanas, ya debilitado por la sangre recibida a través de los pomares y las huertas. Toda la pequeña población se extendía a la derecha de la playa. Después del primer saludo a las olas, volvieron allí donde los había dejado el tranvía. Aquel debía ser su punto de orientación. Cuatro edificios formaban el núcleo principal, a cuyo alrededor iba desarrollándose el lugar. A la derecha una taberna, de amplio salón, con un gran mostrador, depósito del acreditado vino de Colares; con un ancho porche, en cuyos bancos de piedra se sentaban a descansar los viajeros que esperaban el tranvía; y colocaban sus cestos de peras y sus espuertas de Melancias (sandías) los vendedores de frutas. Más arriba, en la misma línea, ante un pequeño restaurante poco atrayente; en frente, formando chaflán, una casita de madera en cuyos balcones se leía la palabra *Telegrafo* y cuyo piso principal estaba ocupado por una mercería.

Más hacia la playa, a la izquierda, un edificio mayor, con pretensiones de hotel, que tenía delante de su porche una extensa plazolota, cubierta por un toldador de paja, descansando sobre pies derechos, en forma de una enorme sombrilla japonesa.

Allí no tenían habitaciones. Estaba todo lleno y todo comprometido. La cercanía de las *Los Manzanos* con Cintra y con Lisboa, la hacía deseable a los bañistas que querían tranquilidad. Aquel hotelito, primero que se encontraba, debía tener la atracción para todos. Empezaron la peregrinación para encontrar casa. Entonces tropezaban con la dificultad del idioma, que les parecía tan fácil. Eran pocas las casas, espaciadas, formando ya las primeras líneas de lo que con el tiempo habrían de ser calles. Casi todas eran casas nuevas, había muchas en construcción, podían decir que asistían al nacimiento de un pueblo. Pero todo estaba alquilado; al comienzo de la carretera que bordeaba la costa para enlazar a unos pueblecillos del litoral con los otros, se erguía, solo y escueto, en medio del paisaje, un edificio más alto que los otros, apalsado, con terraza sobre el mar y plazoleta con quitasol de paja. Ostentaba pompósamente dos nombres sonoros, como si no le bastase uno solo: «Hotel Royal Relléva». Tampoco había sitio. Se veían casas deseminadas en la carretera, casas que de trecho en trecho cruzaban a buscar la calle principal, la más dibujada, donde había varias tiendecillas y hoteles. Al final de ella un grupo de casillas blanqueadas, casitas de colonia veraniega, todas cerradas en su hora de siesta, ya lejos de la playa y al abrigo del pinar.

Volvieron sobre sus pasos. No iban a tener dónde quedarse; culpaban su improvisación de no haber buscado antes dónde poder estar. Recordaban haber visto sobre los acantilados, cerca de la playa, encima mismo de las rocas, con el cielo en el mar, un restaurante tosto, primitivo, donde al menos podían almorzar mirando a las olas...

Allí se habían quedado. *La Flor de la Playa* les había ofrecido una habitación, un verdadero camarote de barco viejo donde poderse albergar.

Elisa había aceptado, no sin repugnancia de compararla con las habitaciones de los hoteles a que se habían acostumbrado, pero estaba aquel lugar tan impregnado del sabor clásico de la vida primitiva, que acabó por encontrarse a gusto, recordando todas las novelas románticas de pescadores que había leído en las largas noches de invierno madrileño, para entretener a Remedios, mientras costaba.

Se abrazaron encantados al verse solos en aquella habitación, que iba a amparar el idilio tan laboriosamente preparado.

La habitación era irregular; un trapezoide muy alargado, que tendría unos cinco metros de anchura en la fachada principal y apenas un metro en el otro extremo. Todo eran huecos en aquella estancia, además de la puerta de entrada, una ventana a la fachada y una ventana y un balcón sobre el mar. Ese balcón era a su vez la puerta de salida a la pequeña terraza, de tablas, con barandilla de troncos viejos, que avanzaba hasta donde tenía comienzo el techo, de tablas inclinado del porche. Aquél era el cuarto de la casa.

La *pasarella* del barco anclado allí, como un barco encallado en la costa, incrustado en la roca. Desde allí se veía la tierra lejana de la playa como se la ve desde la cubierta de un barco. Sentados, sólo el Océano aparecía a sus ojos..., sólo el mar y cielo, un bello mar de oleaje y de espumas lucientes y saltadoras.

Desde la otra ventana de la fachada, veían la sierra de Cintra, alta, poblada como un vergel, y distinguían el verdear de los viñedos y de los árboles, entre los que aparecían casitas de nacimiento, con tejados rojos, como reclinados a reposar los abrigos de la montaña.

Los primeros días fueron para organizar su vida, dentro de aquel cuartito, algo aboardillado, con techo y suelo de tablas. Su camarote viejo.

Movíanse, como próximos a caer, los cristales de todas las ventanas, recomidas por el sol y el aire. Los postigos no tenían aldabillas que cerrasen, las paredes estaban desconchadas. Todo el mobiliario consistía en una cómoda grande y vieja, despintada y con los tiradores rotos, el lavabo, la cama, dos sillas y una mesa de pino puesta a instancias suyas para colocar sus libros y su tintero. Con eso, las maletas y baúles metidos debajo de la cama, y la percha para desarriugar los vestidos, ya apenas se podían revolver.

Despertábalos temprano todos los días la luz viva que entraba por los postigos de tabla mal cerrados. Elisa era la primera en saltar de la cama, quejándose de su dureza. Era una dureza superior a la dureza proverbial de las camas portuguesas. Habían aprovechado la cabecera y los pies de caoba de una cama vieja y le habían clavado unos palos y unas tablas, sobre las que colocaban el colchón escasamente lleno de crin vegetal. Era peor que dormir en el suelo. Todas las noches había que hacer el arreglo de meter ropa bajo la almohada, colocar para descansar el busto los almohadones de miraguano que trajeron en el tren, y remeter bajo los pies la recia colcha de crochet, con volantes de tela blanca, para no resbalarse.

Procedía en seguida a abrir la ventana, una inundación de luz azul le hacía a Enrique taparse la cabeza sonriendo. Ella diligente, retiraba la mesa de la cama, colocaba los fósforos de madera sobre la palmaria de la vela que había quedado encima de ella, y cubierta con su bata, desperezándose aún, salía al corredor interior, a cuyo extremo estaba la escalera y llamaba dando palmadas a guisa de timbre.

Acudía entonces la *Menina*, una jovencita portuguesa, alta, delgada, *loira*, (rubia), cosa extraña en el tipo del país, que al verla comprendía sus deseos y no tardaba en subir con el jarro de la leche, los *copos* (vasos para el desayuno) y el hermoso pan blanco, de trigo candeal, gustoso y recién cocido, sobre un plato de loza.

El agua caliente se la subían en un cántaro de barro.

No tenían baño ni estaban acostumbrados a él... Su *toilette* inundaba el cuarto de agua. La jofaina pequeña tenía un tapón de corcho como cierre, y el agua caía por medio de un tubo de metal adosado al agujero en un cubo que se llenaba a la segunda agua. Lo más pintoresco eran los jarros; todos eran cántaros de barro y para «caballito blanco» un lebrillo vidriado de alazán. La tohalla, en cambio, era lujosa, con anchas guarniciones de crochet que entretendrían a las mujeres de la casa en las noches de invierno. En la pared un pequeño espejo de marco roñoso, y luna ennegrecida, una papelera hecha de tarjetas postales ilustradas y un cuadro de muestras de cañamazo, con su abecedario y todo, que debía ser obra de las *meninas* en el colegio, o quizás recuerdo de familia de la niñera de la madre o de la abuela.

El desayuno lo tomaba fuera. En la mesita colocada sobre el barandal. Ellas tenían guardada la manteca y la azúcar, a los que rondaba una plaga de ratones y hormigas. Era aquella «la ducha de la mañana», como Enrique decía. Pasaban allí las horas mirando a la playa llena de toldos, con ese aspecto de aduar árabe o de campamento de caravana que toman las playas con los toldos de lienzo y las casetas de lona sobre la arena blanca y requemada.

Ellos no se bañaban. No lo consentía aquel amor celoso, exacerbado con la soledad, que provocaba sus celos morunos. Apenas si consentían sin protesta en mirar a los que se bañaban y a las mujeres y hombres que pasaban para ir a la playa. Se repetían siempre los mismos cuadros.

Por la mañana, cuando el bañero clavaba los palos para armar las tiendas, acudían a bañarse todas las criadas de la colonia. Unas con bañadores, otras con camisas, ninguna pasaba de la rompiente, y atronaban el aire con los gritos y las voces que arrancaban a su poderosa animalidad el cosquilleo del agua fría que acariciaba sus cuerpos.

Algunas veces el bañero dejaba su labor para mezclarse con ellas, con el pretexto hipócrita de los bañeros, de prestarles sus auxilios. Generalmente, se crea al bañero curado de la impresión de los bellos cuerpos, indiferente a todo, como si en vez de ser un bañero que ve los cuerpos sanos en la plenitud del goce, fuese un médico cansado de mirar cuerpos enfermos, en el momento de su martirio, en las salas de un hospital. El bañero era un rojo rayo de mar, un producto del Océano y de las viñas de Colares combinados. Tenía tipo de bañero, ese tipo que engendra la profesión; delgado, de fuertes tendones, color rojo de madera de acaja y cabellos de panoja madura. Era la barba rala, azafrañosa y encrespada.

con algo de verdor de algas en el nacimiento de los pelos; los ojos verde mar, muy cerrados y muy escondidos, para no delatar los chispazos de su lujuria, y las piernas requiebroas, como curadas y amojamadas por la doble acción del agua salada y del sol ardiente.

Después empezaban a venir a la playa las señoras de la colonia, con sus sombreros y sus trajes fantásticos, los caballeros y los niños. Unos se bañaban, otros se paseaban mojándose los pies y algunos corrían sobre las rocas, en los días de marea baja, buscando mariscos o viendo a los pescadores de caña, que pescaban las sargas sobre las puntas avanzadas, en la rompiente de las olas.

De vez en cuando, el espectáculo se animaba con la presencia de un jinete que obligaba a entrar a su caballo en el agua para bañarlo, o de unos chicuelos que echaban a su perro en las olas, y cuando el animal salía corriendo lo perseguían para cogerlo y obligarle a entrar de nuevo.

Se conocían las familias acostumbradas al régimen naturalista. Señores gordos, que se remangaban los calzones para entrar en la ola con los pies descalzos, seguidos de la prole y de la esposa; todos piernas al aire, dándose gravemente su paseo. No faltaban niñas coquetas que se despojaban de las medias blancas y de los zapatitos, y levantaban aún más sus faldas estrechas y cortas para jugar con las olas, mostrando, con ese pretexto, piernas torneadas, firmes y juveniles, que el aire empezaba a tostar.

A eso de la una, la playa se quedaba desierta. Era la *baja mar* de la gente que iba en busca de sus almuerzos.

Ellos llamaban entonces para saber lo que había de almorzar. Casi todos los días era igual la lista que *Menina Maria*, con su aspecto dulce y reposado recitaba de memoria:

A sopa, gran cocida y corada, pese, bife, y vitela (sopa para cocido y dorado, pescado, bisteck y ternera).

Los domingos era cuando había mayor lujo. Los platos se aumentaban con mano de vaca dorada (callos), pato, conejo, langosta y hasta ricas frutas y bananas del Brasil. En cambio, los lunes y martes solía no haber más que judías y bacalao cocido y el pan duro, porque no se amasa la (*primera feira*) (lunes), era preciso conformarse con lo que había. Cada plato les costaba de 500 a 800 reis... Aquello daba al traste con las ventajas de los cambios. La guerra—que ha inmortalizado al mundo—había dado al acabado con aquel Portugal idealmente barato otras veces. Cuando hacían alguna reclamación, la jovencita sonreía y murmuraba un

—No sé...

O un...

—*Mia mal* (mi madre), que acababa la cuestión sin resolver nada.

Ella les había contado su pobreza que hacía disculparlo todo. Un padre enfermo, con una llaga hereditaria en una pierna, una llaga de familia, que se legaban de padres a hijos por línea de razón y que ni se propagaba en su cuerpo ni se contagiaba a los otros individuos de la familia, pero que había de mantenerse abierta, bajo el frescor de las hojas de *cabra* (cal) manando los malos humores, con que purgaba la Naturaleza de una herencia fatal, sin poderla cerrar, porque al cerrarla moriría.

A su cargo se reunían diez y nueve o veinte de familia. *La Flor de la Playa* era un refugio; se ganaba sólo con ella y con el pequeño pomar de Collares para mantener a todos los parientes necesitados.

La bronconeumonía epidémica se había cebado también allí aquel invierno. Habían estado todos enfermos de gravedad, aunque; *¡gracias a Dios, sólo dos habían muerto!* Un hermano y una hermana jóvenes, que les legaran también los viudos y los huerfanos.

Después de oír el relato se quitaba la gana de regatear o de exigir.

La *Menina* también había estado enferma, y se la veía desmejorarse de día en día. Era sola para el trabajo de toda la casa. En cuanto se oía una palmada o el tintinear de un cuchillo sobre un vaso, toda la familia llamaba: «*Maria*». La joven

se multiplicaba para acudir a todo... Los hermanos y la hermana pequeña no tenían aquel aplomo y seriedad suya para atender, atenta y silenciosa, a todos. La viuda no podía servir, porque una viuda no podía presentarse sin pañuelo en la cabeza como el ritual del servicio exigía. Todavía en todos los pueblos primitivos existe de algún modo el sacrificio de las viudas como un resto de antiguas costumbres indias, que imperan más aun en los pueblos costeros, en las islas y en los pueblos de pescadores, que parecen los más universalmente unidos por las viejas tradiciones.

III

Bajaban a comer al porche, en aquella semi-sombra que daban las tablas mal unidas y la cenefa de la gran cornisa cubierta de matojos secos. Unas tablas separaban aquel porche del corral y cuando se abría la puerta aparecían los conejos, pavos, los patos y las gallinas, encerradas allí con un borriquillo respingón e inquieto, que se defendía a coces y a mordiscos de los que se le acercaban. Había tanta busura, tanta leña, tanta podredumbre y estiércol en aquel corral, que su vecindad hubiera sido peligrosa sin el gran desinfectante de los vientos yodados del mar ¡Qué poético les resultaba todo aquello! Tenía aquel porche algo de decoración teatral. La cubierta de tablas estaba sostenida por pies derechos de troncos de árboles sin pulir, con todas sus desigualdades y rugosidades naturales. El suelo era de tierra movediza, ni siquiera apisonada en rústico transal... Una cerca de piedra tosca le servía de baranda sobre el abismo que se extendía a sus pies y por todo mobiliario una docena de mesas grandotas desvencijadas y toscas y unas sillas de madera clavadas, que parecían de fabricación casera. Todo aquello se poetizaba por los tiestos de flores, adosados junto a la pared de la casa y de las enredaderas que trepaban por las ventanas, dejando entrever la doble escalerilla de piedra que daba acceso al comedor del piso bajo y a las cocinas, de donde salían las raciones escasas, que hacían más apetitosas la salsa de aire del mar que era el mejor aperitivo.

Cuidaban de ir a comer antes de que llegase el *carro* (tranvía) de las dos de la tarde, que siempre conducía tanta gente, que aunque se repartían por todas partes había una irupción en *La Flor de la Playa*, la que más seducía a todos con su aspecto rústico y la poesía del lugar donde se hallaba colocada.

Los domingos había más vida, más animación. Aquel día había mayor número de tranvías eléctricos desde Cintra a la Playa. Cada uno de los tranvías que llegaba, arrastrando dos o tres enormes coches, vomitaba una multitud de mujeres, hombres y de chiquillos, deseosos de pasar el día en la playa y de descansar de las tareas de toda la semana. Gente burguesa, trabajadora, que comprende y saborea el día de descanso, o día de mayor cansancio, porque no se daban punto de reposo, en ir de acá para allá, queriendo verlo todo, agotar la impresión de todo en las breves horas que le podían consagrar.

Se llenaban hoteles y merenderos, además de las muchas que se esparcían por las rocas, sobre todo en la baja marea, cuando quedaban al sol, lucientes y avadas con sus macizos de musgo y de ovas verdes, que parecían como el antipo de los jardines submarinos que no se descubren jamás.

Se tendían manteles sobre las peñas, se cubrían de botellas, de pan y de viandas, entre las que no faltaban nunca sandías rojas o melones olorosos, de cáscara escrita, con esa escritura indescifrable de caracteres chinos, que entrecruza la Naturaleza en la cáscara verde o amarilla de los melones predilectos, como si fuese la etiqueta del fabricante.

Algunas mujeres se levantaban bravamente las faldas y descalzas y sin medias apreciaban sus pies a las caricias de las olas, dichosas de recibir aquel beso húmedo y fresco.

Las entretenía además, el desfile de tipos que entraba en el restaurante: aquéllos que llevaban las guitarras y las dejaban permanecer mudas, cuando parecía que se sentía la necesidad de oír las sonar. Los cazadores, que ponían las escopetas a un lado, apuntando a todos con ella, porque una escopeta abandonada parece que apunta a todos los que la miran, y cuyos perros, con la placa de la licencia de caza en el collar, venían hasta su mesa a pedirles las sobras, con esa gracia del perro de caza, que es *alguien* útil, y no ocioso e inactivo, como los perros vagabundos o los odiosos perritos de las damas.

Aquellas familias, enteras, numerosas, que representaban tres generaciones, con las abuelitas alegres, ésas buenas abuelitas viejas y enjutas, de perfil agudizado que parecen viejecitas de leyenda,

Parejas de jóvenes, que parecen esposos en luna de miel o novios escapados. Los matrimonios de mal humor, que van tirando de ellos y de su prole y diciendo que se divierten.

Matrimonios viejos y unidos, renovando sus días de juventud en la excursión. Entraba gente de automóvil, con esa prosopopeya que toma el que va en automóvil; señoras con trajes de seda y boas de plumas, que llevaban guantes y se sentaban en actitud de perro sentado, con las patitas abiertas y las manos cruzadas sobre el estómago, más altas que los codos, o descansaban en el puño del chapeo de sol (sombriilla). Era un detalle curioso el deseo de abrigarse las portuguesas; en los días calurosos del verano, todas las señoras llevaban pieles y las mujeres del pueblo, lucían sus mantones de abrigo.

Entraban también obreros, con sus mujeres y sus hijos, que sacaban de grandes cestas tarteras de pollo frito, al que regaban con abundante vino y guardiñas; soldados, empleados de tranvías... A veces irrumpían alegres grupos, con bromas y algazara, que ya venían de *brincadeira* (broma) largo tiempo y siempre había alguno que extremara las payasadas, como llevar el ala del sombrero sin copa alrededor de la cabeza o empezar a dar palmadas, en el centro del porche, para que acudieran a servirlos; cuando no se metían en la cocina, con la mayor familiaridad para enterarse de lo que había que comer.

Esos días experimentaban ambos una gran contrariedad: ¿Por qué se había de quedar Enrique mirando a todas las mujeres?

Ella hacía el papel de esposa y estaba en ridículo, delante de las otras, como vencida en esa especie de duelo que hay siempre entre las mujeres, en presencia del hombre. Ya sabía ella la manera de proceder que todos tenían. Las niñas lo aprenden de sus mamás desde chiquititas... Se quiere que sean pudorosas y se las lleva casi desnudas primero, y con las piernas al aire después, hasta que son ya mujeres...

Seguía celosa su mirada, inquieta en el fondo, porque no era su mujer... Si lo fuese pensaba que le importaría menos. De toda manera, era insoportable, de mal gusto, que diera con sus miradas idea de desear a todas las desconocidas estando a su lado.

Se abstraía a veces, hasta no atender lo que ella hablaba, hasta que tenía que preguntarle:

—¿Qué miras?

En cambio, ella no podía volver la cabeza sin que él se molestara.

No eran celos, era su vanidad de hombre que no sufría la postergación de un minuto ante los otros hombres y la sacrificaba a un egoísmo sin amor.

Hacía el papel de su mujer y era más celosa de ella, esposa, que si lo hubiese sido en la realidad. Tenía además siempre aquel miedo de que no fuese bastante bien para dar idea de que era una mujer distinguida. Toda su alegre gracia pizpireta de modistilla madrileña, cautivante, desaparecía cuando se ponía el sombrero, que le pesaba en la cabeza y con el que no se sabía mover.

Esos días se consumía todo lo que guisaban allá dentro, en la gran cocina, donde trabajaban el padre y la madre. La *Menina Maria* no se daba punto de reposo para atender a los clientes, con una memoria admirable. Así la comida se hacía interminable, con largas esperas entre plato y plato.

Se notaba gran afluencia de mujeres extranjeras, en especial españolas y francesas, indudablemente de esas 15.000 que se han casado con portugueses desde que fueron a Francia a tomar parte en la gran guerra.

—Estar casados en un país donde existe el divorcio es estar como nosotros— decía Elisa en su afán de igualar su situación con la que suponía en las otras.

Una de las cosas que más le gustaba era oírse llamar *Excelencia* y hacía preguntas por el gusto de que le respondieran.

—Sí, mía señora.

—No, mía señora.

Sin tener nada que hacer, los entretenían todas las nimiedades... La gente que cruzaba el viaducto y subía en la colina fronteriza con la ilusión de ver el *Cabo da Roca* (cabo de la Rueda), encontrándose chasqueados con la interposición de otra colina... Los que buscaban en las piedras *Morcillones*, y los pescadores, que sacaban allí mismo, a su vista, los hermosos sargos plateados, brillando del sol, con los coletazos rápidos que daban al salir del agua.

A veces, hacían irrupción en el merendero chichuelos o pobres que pedían limosna; perros vagabundos que merodeaban en torno de las mesas, y los animales del corral, que aprovechaban un descuido para escaparse. Se veían discurrir por allí tranquilamente, el borriquillo, los patos y los conejos.

IV

Después de comer iban juntos a comprar *O Mundo* a la tienda donde lo recibían. Una tienda, en la que lo mismo se vendían frutas y verduras, que dulces y carbón. El portugués escrito les era más comprensible. Enrique afirmaba que el español era un portugués mal hablado o que el portugués era un español mal hablado, pero que no eran diferentes. El, que no conocía la Gramática, le daba lecciones a su novia, siempre probando la igualdad y haciéndole notar lo poco que cambia.

—Nosotros decimos penitenciaría; pues se dice penitencia; y te entienden. Decimos alcohol; di álcool, y te entienden. Decimos diplomacia; di diplomacia, y te entienden.

Ella no se convencía.

—Sí, pero ya ves... hay cosas que son diferentes, la servilleta, *guardanapo* y otras que con las mismas palabras indican cosas diferentes. El cuchillo es la *faca*; el tenedor, el *garfo*; el mantel, la *tohalla*, y figúrate que cuando deseo el cepillo tengo que pedir *la escoba*.

El no se daba por vencido. Era un idioma lleno de dulzura, que comparado con el español resultaba más suave, pero el mismo. La rudeza castellana se dulcificaba en el portugués; perdíanse *jotas*, *erres* y *ges* en sonidos tenues... más infantiles... *pae*, *mae*, *teño* (padre, madre, tengo), tomando algo de muy gracioso y muy inefable, que le gustaba oír, sobre todo en boca de las mujeres, aunque ésto no se lo confesaba.

Sólo cuando tenían que certificar algo subían hasta la estafeta de Correos, establecida allí para el verano, donde dormitaban, aburridos, dos empleados, que parecían estar de mal humor con el público, aunque éste los molestaba poco, pues los sellos se vendían en todas las mercerías y tabernas, y la caja de la correspondencia, en lugar de estar en el Correo estaba en la puerta del depósito de vinos.

Ellos escribían todos los días. Le escribían a todos sus conocimientos, enviándole cartas postales, con vistas de Cintra, de los Manzanos, de Colares y de Hazañas del Mar. Sin olvidar nunca decirles a todos sus amigos «que se encontraban en el sitio más occidental de Europa», como si esto avalorara su veraneo.

Las cartas de Elisa a Remedios estaban llenas de alegría, de felicidad, le da-

...a detalles de todo; de su camarotito, de sus comidas... «Aquí se come pavo todos los días como si fuese Pascua». Es verdad que todo estaba carísimo, a la altura de hacer pagar las ventajas del cambio, pero se pesaba bien... Alimentos verdad, que parecía que se veían salir de la tierra... Un vinillo auténtico, el Ramisco, ordeñado de la propia vid; un pescado que parecía dar coletazos en la fuente todavía, con un gusto a mar que se saboreaba con cierto deleite frente al mar, como si se le hubiese arrancado venciéndolo en lucha... y sobre todo, unas frutas, tan llenas de azúcar, tan aromáticas y tan jugosas que hacían pensar en que era una tierra fértil y substanciosa la que así las cubría de su savia.

Estaba segura de que Remedios no había de envidiar su felicidad, sino alegrarse de ella, cuando supiera lo bueno y delicado que era Enrique, que no se apartaba un momento de su lado. El ensayo para no separarse jamás no podía resultarle mejor.

Le rogaba a su amiga que le escribiera, que le enviase periódicos. A los que están lejos de su patria se les debía escribir diariamente. Debía haber *madriñas* para los extranjeros, como las había habido para los soldados en las trincheras.

Le daba miedo de que los carteros portugueses, como no recibieran su *perrilla* por cada carta, no tuviesen interés por la correspondencia que era una cosa casi sagrada. El día que tenían correspondencia era un día que estaba lleno, optimista; no quedaba en él ese hueco de un deseo que no sabían cómo llenar. Ellas escribían mucho. Elisa a Remedios, a la maestra, a todas sus amigas—claro que sin decir que estaba con Enrique, sino como si estuviese con su familia—, y Enrique escribía a sus padres, a sus hermanos y a todos sus conocimientos. Escribían por recibir carta, por ese placer de escuchar a las cinco de la tarde los golpecitos que *Menina Maria* daba en la puerta, diciendo:

—El correo, mía señora.

Lo tomaban con tal emoción, con tal contento, que algunas veces hasta olvidaban decirle lo primero que se aprende decir en portugués:

—Muito abrigadas!

V

Por la tarde, en cuanto caía el sol, se vestían para ir de paseo. A veces, no tenían gana, pero era preciso hacerle aquella conversión a la higiene.

Al principio admiraban la variedad de los paseos que podían dar. Unas tardes seguían aquella calle principal, que partía de *La Flor de la Playa* y seguía hasta el Pinar, pasando delante de las casas recién construidas, de los hotelitos y de las tiendas.

Cuando llegaban al pinar, se perdían de vista el mar y las casas; se quedaban solas frente al campo. Se extendían delante de ellos viñedos y maizales.

Crecían las viñas, en la misma arena, separadas por cañizas que las dividían en pequeñas parcelas; para resguardar las cepas del aire del mar. En vísperas de la vendimia todas las parras estaban agobiadas por el peso de la cosecha: los racimos grandes, jugosos, apretados, que parecían enormes ubres, inclinándose en el suelo, con los granos apretados, y esa cosa de cristalino y vidrioso que hay en las uvas y que parece despertar la sed.

Los maizales alzaban las cañas, recias, revestidas de la hoja en cuchillo, con su penacho en la punta y las panochas adheridas a sus nudos, semejantes a polipos que los iban secando, mientras ellas se nutrían y, bajo la envoltura, más sedosa y más fina cuanto más íntima iban, cuajaban los granos dorados y ricos de clúten, cuya madurez delataba la cabellera rubia que se escapaba de su extremo superior con las hebras rubias que se iban envejeciendo y marchitándose.

Allí, al final, se alzaba la tierra de Cintra, con su cordillera de montañas que iban a perderse en el mar, tumba de casi todas las cordilleras, por la punta

del *Cabo da Roca*. El castillo de *La Pena*, recortando en uno de los picos más altos su silueta gallarda, con sus torreones desiguales, coronaba la sierra toda, como dándole mayor prestigio... Para ellos evocaba aquella visita que le hicieron, el camino seguido para llegar hasta él, lleno de palmeras y plantas exóticas y aquella arquitectura chamelina, con la cuerda de piedra torcida en los muros, evocaba lo que debería haber sido la huida de los reyes, escapando de allí hasta el mar a la playa de la *Hercicera*.

Se sentaban en el pinar. Aquellos pobres pinos del arenal no eran esbeltos, altos y rectos como los otros pinos del interior. Eran los pobres mal nutridos hambrientos, cuyas raíces cubría apenas la arena. El viento del mar los había torcido, haciéndoles tomar unas actitudes extrañas y grotescas, mutilados del resino vegetal que tendían a ras del suelo sus ramajes espartosos, entre los que lucían las piñas de caoba. Se sentaban allí sobre algún tramo serrado que había de brotar otra vez, o se entretenían en coger las florecillas moradas, que han bautizado con el nombre de la palabra más bella del idioma portugués: *Sauzades*.

VI

Esta tarde habían seguido el camino mismo del tranvía. Pasaban entre los altos pinares, de tramos rectos y penacho en la copa, los bien alimentados en la tierra vegetal. Un poco más allá se sucedían los *pomares* (huertos), con los perales y los manzanos llenos de frutas maduras, embalsamando el aire. Pasaban por casitas rodeadas de jardines, en los que se veían limoneros, conservando aún sus frutos amarillos entre las lucientes hojas verdes, huertos de melones y sandías, tendidos en la tierra, como enormes botijos vegetales llenos de agua azucarada y fresca.

Una criatura extraña les había salido al paso. Costaba trabajo conocer su sexo y su edad; derrotada, sucia, con el cabello rapado y la cara desvergonzada... Una chicuela—fijándose bien—que les ofrecía unas tueras amarillas que sacaba del fondo del saco. Esas tueras que las mozas de las aldeas ponen como adorno de sus bazares, y que se parecen a las calabacillas en que se toma el mote.

—¿Cuánto quieres por eso?

—Tres *tostones*.

—Son muy caras.

—Tengo estos pequeñitos, que valen ocho *veintenes*, y esta otra que le daría por dos *cruzados* y un *petaco*.

Los dos se miraban riendo. Habían ya aprendido la equivalencia de los *reis* con los *escudos*; y sabían que un *tostón* son 10 *centavos*; pero continuamente se perdían en todas aquellas cuentas populares, en las que además de estas monedas se mezclaban los *veintenes*, los *cruzados* y los *petacos*.

Sintió Elisa curiosidad por hablar con aquella especie de rifeña.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé.

—¿Dónde vives?

—Por ahí adelante.

La mano señalaba hacia el bosque.

—¿Tienes madre?

—¡Claro...!

—¿En qué te ocupas?

—Voy a la playa a vender *bracos*.

—¿Pasas hambre?

—Hoy he comido pan.

Abrió Elisa su precioso bolsillito comprado en Lisboa, y sacó una moneda de 20 reis que ofreció a la muchacha. Ella, rápida, tomó la pieza que le alargaban y, en vez de dar las gracias, sacó la lengua, con un canallésco mohín de burla y se alejó, saltando por los pilares del puente, en cuyo fondo corría el río entre unas frondosas riberas de follaje y plantas acuáticas.

Los dos se miraron un poco desconcertados. La chicuela, con sus trazas de rifeño, se deslizaba por la pendiente abajo, entonando un cantar que rimaba con el susurro del agua corriente, y que debía ser despectivo, a juzgar por el acento, pero que ellos no entendían.

Elisa estaba como avergonzada de que hubiesen así abusado de su sentimentalidad.

—Esta es una hermana de nuestros *poiffitos* de la Puerta del Sol—dijo Enrique—. ¡La rosa cosmopolital!

VII

Al fin, el paseo predilecto, el que daban todas las tardes, era el de la *estrada* (carretera), que pasando sobre los acantilados y bordeando la costa los llevaba hasta *Las Hazañas*, como llamaban en abreviaturas a *Hazañas de Mar*. Pesaban delante del pomposo hotel, y seguían aquel camino silencioso y solitario que se abría sobre las rocas en terreno arenisco, donde crecían unas grandes y jugosas plantas, semejantes a balsamina, pero más verdes y más grandes, y tan espesas, que cubrían toda la tierra.

Diseminados acá y allá, antes de llegar a *Las Hazañas* había cinco o seis casitas, de graciosa construcción, con unas cuantas plantas de vid y de girasol o de maíz delante de las puertas. A la izquierda se tendía el mar inmenso, solitario, allí donde no había barquitas pesqueras, y sólo a lo lejos aparecían vapores, barcos de alto bordo o las traineras, que no se acercaban a la orilla jamás; todas juntas como un convoy. A la derecha el arenal se extendía hacia las casitas del pueblecito, que más que pueblecito era una pequeña ciudad, que hacía ya en medio de todos los adelantos de la civilización. Se le veía nacer y crecer. En pocos días se había terminado una casa frente a *La Flor de la Playa*. Se habían visto poner las tejas y cubrir los huecos de sus ventanas. Aún estaban los obreros adornando sus paredes y ya la habitaban los dueños. Tenían todas las casas aquella arquitectura viciada que suprime los balcones bolados, tan propios de los climas meridionales, por las ventanitas norteñas; sobre las esquinas de los aleros subían con coquetería unos hierros labrados, que recordaban los extremos de las torres chinas, quizás influencia de las colonias de Macao; y las fachadas tenían frisos de flores y frutas pintadas en colores, y hasta cuadros de composición en los huecos. Aquella, frente a su ventana, a la que estaban ahora imitando un zócalo de piedra, tenía unos azulejos pintados, raro acierto de desconocido pintor, que había encontrado ese azul optimista y definido de los azulejos, ese inconfundible *azul de azulejo*; y había sabido hallar los asuntos de los clásicos azulejos portugueses; las figuras estilizadas de los impresionistas de hace siglos, que sugieren con cuatro líneas confusas la idea de paisajes, jinetes o mujeres, como aquella marquesita del siglo xvii que saludaba al mar desde la fachada de la casa nueva.

En el camino estaban levantando casas que veían crecer de día en día. Construcciones frágiles, que parecía que iba a tirar el viento, paredes de piedra y mezcla, en su forma primitiva, enlucidas después, y trechos con débiles armazones de madera.

Parecía tan fácil levantar allí una casa, debía ser tan poco costoso aquel terreno de la costa que daba la impresión de no tener amor que los dos sentían deseos de hacerse allí un hotelito para asegurar sus veranos.

Solían entretenerse en echar los planes, elegir el sol, y pensar en la con-

trucción y las comodidades. Debía tener tipo español, de vieja casa española, como esa casa que hay en el paseo del Cisne, que ellos tomaban por modelo en sus recuerdos. Hasta algunas tardes hubo pequeñas disputas por una habitación así o así que había de tener su hotelito.

Pasaban la parte del pueblo de *Las Hazañas*, que se agrupa cerca de la carretera, siempre prestando su atención aquellas casas chiquitas, cuyos moradores ya conocían de vista.

Aquella última, solitaria, en el camino, la llamaban la *Casa de las de luto*, por las seis hermanas—ellos las creían hermanas—que moraban allí, y que saltaban todo el día, para hallarse en todas partes, como si tuviesen el don de la oblicuidad. Las veían en las rocas, en las playas, en el tranvía, a la hora de llegar o salir... Incansables, poniendo en todas partes la nota lúgubre de sus trajes negros y la nota alegre de su risa.

Las que más les cautivaban eran aquella gran casa de la derecha, con la enorme lámpara que eclipsaba la luz eléctrica, dejando ver el espléndido interior, que hacía pensar en una familia rica, burguesa y numerosa, y aquella otra casita tan cuidada, de tejado rosa, a la que conducía un camino enarenado y lleno de girasoles, las pamposas flores amarillas que se volvían pesadas sobre su tallo en busca de los rayos del sol. Allí veían, al pasar, un loro verde y una señora roja, de cabellos luminosos, que parecía también un girasol. Aquella casita les sugería la idea de una pareja de amor.

Pasaban el extremo de la calle, ensombrecida por la fragua y el estanco, donde estaba el Correo, y que era a la vez depósito de vino. Cruzaban ante una de esas fuentes públicas, como las dos de *Los Manzanos*, y seguían hasta buscar la vista que conocían por las postales, de aquella roca, redonda y escueta, a cuyo picor raya el mar, y en que parecían incrustadas las casas, ideales en su desigualdad, con balcones bolados, paredes blancas, con cenefas rojas o rosa, que subrayaban también el marco de las ventanas de las puertas y las aristas de las esquinas. Allí estaba aquel lugar, con su gran rueda, ante cuya puerta se amontonaban las banastas llenas de uva, cuya fotografía aparecía en las botellas del *Ronisco*, rival del *Crianti* y del *Rioja*.

VIII

Al volver, era ya la hora del crepúsculo. Venían caminando lentamente, cogidos del brazo. Ella se había comprado uno de aquellos largos bastones forrados—especie de bastón de alpinista—que le ayudaban a andar y le hacía más leve los largos pasos.

¡Era tan bello el crepúsculo! Podía decirse que no eran nunca iguales. Muchos días las nubes que parecían acechar al sol en el horizonte, estropeaban la brillantez de aquel momento en que caía en el mar como una dalia marchita. Lo envolvían las nieblas antes de llegar al agua, y todo se confundía en una sinfonía de tonos grises, pizarrosos y violetas. Pero otras tardes la limpidez del horizonte permitía verlo como una brasa encendida que se apagaba en el mar. Al acercarse a la supuesta inmersión, perdía la fuerza de sus rayos, cambiaba su color blanco de plomo en fusón por el de un oro brillante, que luego se tornaba en rojo.

—Como lo miramos tanto—enrojece de vergüenza—, decía ella, siguiéndolo con la vista hasta el último instante, en el que parecía reconcentrar toda la luz en el último punto brillante, que era como una lucecilla encendida en aquella enorme *lamparilla* de agua, donde parecía que se le iba a oír chisporrotear.

Aquellos crepúsculos eran rosas, y dorados, se extendía la cinta aurora por la parte Oeste del teló, y la luz aurea, blanda, dorando todo con su reflejo. Subía del mar el olor a algas, que tiene algo de sandía madura, olor frutal y comestible, mientras que de la sierra avanzaban lentamente las sombras, que se hacían más densas cada vez. Se las sentía llegar.

Agudizaba también su perfume el campo; como si la tierra se abriese, semejante a un fermento, para hacer sentir su olor... Olor a tierra, quemado y picante... ¡Olor de las plantas marítimas, olor de los pinares y de los manzanos, cuyas emanaciones conducía el viento, y olor de las vides, y de las flores silvestres que adquirirían mayor intensidad en su perfume! Oían aquellas hígteras raseras, enanas, que crecían en el arenal y que en vez de dar fruto, daban una linda flor blanca, como una azucena, que nadie cogía, como si tuviesen miedo de que le hiciese daño en la mano, como hacen la hortiga, o la lechiterna, por su macabro nombre de *Figueiras do Diabolo* (higueras del Diabolo.)

Abrían entonces todos aquellos lirios blancos, que parecían salir de la raíz entre las hojas de espadaña quemada que tenían a su alrededor. A veces, hacía un ramo de ellos, pero no podía dejarlo en la habitación, porque el olor penetrante se hacía hasta doloroso en su intensidad.

Encontraban a aquella hora mucha gente. Lecheras o aldeanas que iban al pueblecillo o tornaban a sus casas; chiquillos y hombres que regresaban del trabajo o de vender sus mercancías. Unos iban a pie, otros montados en los burros, encima de los capachos vacíos o dentro de los que asomaban la cabeza de algún chicuelo.

Venían también los pescadores de pulpos, llevando al hombro, en verde caña, la vara provista de anzuelos, a cuyo extremo iba la pesca, los enormes y feos animalejos sujetos por la bolsa de su cabeza, que les vuelven al cogerlos, y cogiendo como un fleco los largos tentáculos provistos de ventosas. Los cogían en aquellas rocas, aprovechando la marea baja, durante la que las mujeres, descalzas, llenaban los cestos de morcillones.

Todos daban las *bonas noites* al pasar; era grata esa palabra amiga, cambiada en la soledad del camino, con aquellas buenas gentes ingenuas. Sólo las personas bien educadas no se saludaban; los bañistas que iban en grupos pasaban en silencio, dirigiéndose unos a otros curiosas miradas, que inquietaban a Enrique, demasiado preocupado de que Elisa llevase bien el sombrero y no revelase su modesta alcurnia, su profesión de modista, en sus andares o en su porte.

Al pasar de nuevo ante el hotel, ya estaba iluminado. Unas noches se oían ecos de cantares, que atendían ansiosos de escuchar uno de aquellos fados portugueses, que también representan el alma noble, arrojada y melancólica de su país.

Pero en vez de la música portuguesa, de los fados y las canciones populares del país, que deseaban conocer, sólo escuchaban manidos trozos de zarzuelillas españolas que llevaban allí las bailarinas y cupletistas, y que hacían oír a cada momento, despropósitos de moda, esos intérpretes del arte, que caminan por todo el mundo, deprisa como los ciempiés:

«que aquel que a hierro mata
bien sabe que el hierro muere.»

En frente se derrumbaba la pequeña ermita sin culto, que en la pared amarilla conservaba aún la placa en que rezaba que la había construido un rico alemán.

Había ido Elisa perdiendo el miedo a los perros que se cruzaban en el camino; se divertía viendo los rebaños de borregos y de cabras que volvían de apacentar y las bandadas de *Pran* (pavos), guiados por el hombre de calzón corto y barretina negra, con la larga caña que llevaba en la mano para hacerles caminar en grupo.

Los primeros días habían corrido para evitar el encuentro de las vacas blancas, manchadas de alazán, pacientes y cabizbajas, que volvían al establo, después de haber vaciado sus ubres, de puerta en puerta. Ahora ya eran las vaquitas las que se apartaban prudentes, para dejarlos posar como si temiesen asustarlos.

Algunas tardes bajaban hasta las rocas. Allí donde bajaban los pescadores, cosa que era más fácil de lo que desde arriba parecía. Enrique solía encontrar las sendas tortuosas, cuyas vueltas y revueltas, permitían llegar hasta abajo, a la orilla de la costa abrupta. Estaban allí solos y sentían toda la pequeñez de la tierra con respecto al mar.

Algun cataclismo había roto en pedazos las montañas, dejando aquellos enormes bloques de piedra, que parecían tallados por un cantero. Tenía toda la ribera vista así, el aspecto de una muralla ciclopea destrizada, en ruinas, como esas alcazaras y castillos de los moros, o como esos anfiteatros romanos, restos de todo un mundo antiguo.

Había rocas enteras formadas por fosiles, y lo que más les llamaba la atención era aquella cosa arisca de las rocas, que no eran las lastras lisas de otras playas, sino unas piedras esponjosas, pinchosas, algo parecidas al corcho, que ellos creían que provendrían de la lava de algún volcán. Recordaban entonces, con miedo, los célebres terremotos de Lisboa, los peligros de los volcanes al lado del mar, se acordaba de las anécdotas de las olas gigantes precipitándose sobre la tierra, y casi se arrepentían de estar allí, en lugar de estar en Madrid, que en su calidad de población, asentada sólidamente en el centro de la Península, era incommovible y nada tenía que temer. El mar había socavado la tierra, como si quisiese descubrir sus cimientos, penetraba luego en las piedras y tenía en su rebramar contra las rocas, estampidos, detonaciones, ruidos roncacos, como si se precipitara en cavernas subterráneas.

Las olas saltaban en torbellino de espuma lechosa, blanca, sodificada, cuyas gotas eran como una granizada de piedrecillas.

Se oía al llegar y retirarse las olas algo semejante a un ladrido prolongado, amenazador; sin confesárselo, los dos deseaban alejarse de allí; y subían deprisa, prometíanse no volver allí más. Elisa resbalaba a veces con su tacón Luis XV, y tenía que sujetarse en el bastón, con miedo de apoyarse en aquellas piedras ásperas, puntiagudas y pinchosas, que le herían al tocarlas.

Cayéndose aquí—decía—salta la sangre antes que el polvo.

Llegaban siempre tarde a comer. No tenían nunca, aunque hiciese viento, comer en aquellas mesas de tablas a la orilla del mar, bajo el porche del merendero. El lugar ponía algo de fiesta en su comida. Había noches negras, en las que la negrura del mar era más espesa y más densa que la negrura de la tierra. Lo oían rebramar en su lucha constante con la costa, sin distinguir nada, bajo la luz de la candileja de latón de gas acetileno, que habían colgado de un clavo, en uno de los palos que sostenían la techumbre del porche y que avivaba su luz con el viento, esparciendo un olor pestilente.

Sólo el reflector del *Cabo da Roca*, rompiendo las tinieblas, semejante a un potente brazo, se extendía en la oscuridad como un leve relámpago.

Otras noches la luna caía sobre el agua, que ofrecía en su calvillear, una ebullición de luz. A veces, las crestas de las olas, brillando a la luz, tomaban la apariencia de acero derretido, ya un poco enfriado, que se tendía como una masa gris y ardiente sobre la arena, como si buscase la turquesa en donde se había de modelar. Acabada la comida, daban otra vuelta por el pueblo, siempre solos. Únicamente los dos hoteles tenían luz; las mercerías, abiertas aún, estaban tristemente alumbradas por los quinqués de petróleo, y todas las demás casas dormi-

das, cerradas, silenciosas. A veces, una ventana abierta derramaba su claridad en la noche, bajo aquel cielo limpio, en el que las estrellas parecían más grandes y más cercanas.

Entraban a su cuarto, y antes de acostarse miraban ávidos aún la noche y el mar. Brillaban lucecillas de barcos en el horizonte, como estrellas fugaces, y algunas noches un gran transatlántico con la cámara iluminada en las tinieblas.

Tenían que arrimar sillas a los postigos de las ventanas para mantenerlos cerrados, atrancar la puerta, que no tenía llave ni cerrojo, con el hierro de una vieja cama para sujetarla, haciendo palanca; y emprendían la lucha contra las hormigas y las pulgas; sobre todo, con aquellos ciempiés, que Enrique había aprendido a matar certeramente con la contera del bastón, como un cazador de buena puntería.

Caían rendidos en aquella cama dura, abrazándose como en una despedida, para dormirse blandamente con el arrullo del ruido del mar, que parecía mecerlos en sus ondas. Entre el sueño, la casa parecía andar, navegar por aquel Océano, de manera que tal vez al despertarse, en lugar de hallarse en Portugal, en la playa de *Los Manzanos*, se encontrarían en alta mar, o en un país muy lejano y desconocido, donde habría anclado *La Flor de la Playa* durante su sueño.

XI

A los quince días de estar allí, ya todo esto empezaba a aburrirles... Ni el paisaje ni la vida aquella perdía su encanto y, sin embargo, les cansaba... Se hacían monótonas las horas en la repetición de los mismos cuadros y de las mismas cosas.

No había manera de distraerse. Inventaron hacer algunas excursiones por las cercanías. Fueron unos días a Colores, un pueblecillo pintoresco, escondido en la sierra, entre un huerto inmenso de frutales, con un pequeño estanque surcado por algunos barquitos. Otros días fueron a Cintra, en el tranvía aquel que cruzaba los campos y los cañaverales, en medio del paisaje frondoso de la Ribera de Atlántico... Después de conocer sus castillos, esta excursión no ofrecía interés. Sólo tenían tiempo de tomar un café en la *Plaza de la República*, frente al viejo palacio que fué última morada de doña Maria Pia, la hija de Víctor Manuel, la cual supo dejar tan grato recuerdo en Portugal, viendo las altas torres, que no eran más altas que las chimeneas de la cocina, y parecían dos enormes pilones de azúcar. Comían un paquetito de aquel dulce regional que no se hubiese apetecido fuera de allí. *Queisadas*, pastelillos de queso fresco y miel, sazonado como el pan de especias, y metido en una hojita crujientes de ojaladres.

Estaba todo Cintra lleno de casas de *queisadas*. Había pvederos de la gloria de los confites. Las célebres *queisadas* de Matilde, verdaderas *queisadas*, más exactas.

Habían llegado a la quinta de Monserrat, que era la que más les encantaba, porque estaban más cerca de poderla comprender, con su lujo moderno y aparato y sus magníficos jardines.

Hasta un día tomaron un coche, uno de esos valerosos coches de dos caballos, que saben subir y bajar las enormes cuestas, y si quisieran la *estrada*, más allá de *Los Hazafias*, con el deseo de conocer el misterio del más allá de aquel lugar donde detenían siempre su paseo.

Fuó una excursión deliciosa por medio de los campos de viñedos, descubriendo los lugarillos rústicos y verdaderamente primitivos que tiene Portugal. Había en todo un ambiente de plenitud, de razón. Los vendimiadores cubrían los racmos de uvas, negros como la tinta; las éras de piedra estaban cubiertas de maíz, que, después de desgranado a palos, se aventaba con la pala al aire, para separar los pedazos del corazón de la panocha. Ponía el maíz así aventado, una nota de color en el paisaje y un olor a más madura, muy semejante a aquel

olor caliente de harina que salía de los molinos, que abundaban en la región, con sus aspas de trapo, haciendo recordar un poco los paisajes holandeses que habían visto en los cromos.

Eran aquellas las verdaderas aldeas portuguesas, con sus casitas de piedra y barro, cuyos aleros rodeaba un rosario de calabazas amarillas, unas verdosas, rojizas otras. Todas tenían unas originales chimeneas macizas, cuya abertura era solo una raja que les hacía parecer enormes alcancías, o bien tenían un agujero en un lado, que debía brillar en la noche, como el ojo único de los ciclopes.

Vieron aquellas plantas inefables, con la ermita, el estanco, el Ayuntamiento, y en medio una gran cruz de piedra, el kiosco de la música y la fuente pública, con el mayal y el cántaro, dispuesto para subir el agua.

El cochero llegó a tomar con qué matar la sed a aquella misma tienda, que era un tiempo mismo estanco, taberna, panadería y mercería.

En un ángulo, un cazador sacaba de su morral una liebre y una perdiz; por la carretera cruzaban carretas de bueyes cargadas de uvas, y varias mujeres acudían a hacer sus compras, montadas en borricos, que amarraban de las fuertes argollas incrustadas en la pared.

Cada un sol vivo, cuyo ardor mitigaba el viento del mar; había una sensación de madurez, de abono de los campos... Al pasar por algunos casuchos con trazas de aduar árabe se entreabrían las puertas para dejar ver la figura de un mozo moreno, tipo de moro o andaluz, o de alguna muchachita tímida y encogida que no sabía mirar de frente.

Sentían como un deseo de seguir siempre adelante por allí, de que hubiese una carretera. Sin obstáculos, que bordease los continentes por toda la orilla del mar y poder darle así la vuelta, siempre adelante, con un ansia de exploradores.

XII

Conocido todo esto, ya quedaba también agotado el recurso de su distracción. No se hubieran confesado el uno al otro su aburrimiento por nada del mundo; gustosos más por ser consecuentes cada uno consigo mismo, que por consideración mutua. Era como una terquedad de realizar el programa que se habían propuesto. Seguían escribiendo a sus amigos, contando su felicidad, y Elisa escribía siempre a Remedios, detallándole cuadros de una envidiable vida idílica. Tal vez se engañaban a sí mismos todavía.

Se agarraban con ansiedad a cualquier detalle insignificante que viniera a poner nota nueva en el cuadro de su vida monótona.

—Están pintando de encarnado el hotel pequeño. Hay un andamio en la fachada, y sobre el fondo rojo unas letras que dicen *Hotel Cintra-Playa*.

—Se ha alquilado el cuarto de al lado del nuestro y hay una señora que baja a almorzar con los papi lotes de papel blanco liados a las patillas, debajo del sombrero.

—A la casa de enfrente le están pintando un azulejo más encima de la puerta de entrada.

—Hoy está el mar lleno de cabrillas y muy azul.

—Ha pasado una marcha de delfines... Iban apareados dos a dos... Saltaban del agua como guarrinillos.

—La marea alta ha sido tan excepcional, que ha invadido la playa, sin dar tiempo a quitar las casetas. Hoy no parecía tan inútil ese salvavidas, que está colgado de dos palos, siempre en medio de la playa.

—Hoy hubo un gran escándalo, porque la mujer del bañero se ha pegado con la mulata, que cantaba al pasar ella. Cuestión de céto.

—Ha venido una nueva parienta de los dueños de la casa. Una primita que viene de Lisboa. Tampoco ésta le ayuda a María. Es novia de un piloto. ¿Cómo mirará el mar con serenidad la novia de un piloto?

—Esa señora que va siempre sola a caballo ha estado hoy a punto de caer.

—Hoy no ha habido tranvía eléctrico por falta de corriente; una familia entera se ha ido a Cintra en un carro de vacas.

—Había mucha gente jugando al «tennis» en ese pequeño campo.

—Hay un teatro de posichinelas en la playa.

—Ha venido una nueva bailarina al Royal, otra española, *Carmen de Granada*; ha hecho bien en ponerse ese nombre. Para ser española en el Extranjero hay que llamarse Carmen.

—Son muy divertidas esas expediciones en burro que organizan algunas familias. Sobre todo, cuando respingan los borriquillos y tiran a los jinetes.

—Hoy han pasado más de treinta automóviles.

—Como es domingo, han colocado en el porche una mesa con frutas y botellas de licor.

—La mujer de los periódicos tiene una especie de vitrina nueva llena de melones.

—Las de luto no han pasado hoy.

—Dicen que va a haber otra revolución, pero aquí no llega nada de eso.

Con todas aquellas futezas pretendían llevar su vida y matar el asfío que los dominaba.

Pero todo era inútil. No se podían ocultar así mismos lo que sucedía en su fondo. No les había aburrido el paisaje, ni la vida de la playa: los había aburrido su compañía. Estaban cansados uno y otra, quizás por haber querido forzar demasiado la máquina de su sentimentalismo para vivir tan solos, tan entregados a un amor que no había podido resistir aquella prueba.

Tal vez el paisaje demasiado grande, demasiado fuerte, los había empequeñecido, relegándolos a un segundo término en que el cansancio se hacía más abrumador.

Ninguno de los dos quería dejar ver su impresión. Ya no se podían engañar a sí mismo como al principio se confesaban sus sentimientos en su interior; pero no querían dejarlos traslucir, ni siquiera adelantar en un día su vuelta. Habían de sufrir ese verano, como los presidiarios que tienen que cumplir el tiempo de una condena. Ellos mismos habían sentenciado la duración. Tal vez también los obligaba a no abreviarla el compromiso que contrajeron, de modo inconsciente, con los amigos a quienes les notificaban su felicidad, sintiendo la de despertar su envidia.

Ya mentían a sabiendas. Elisa no quería de modo alguno variar el tono de sus cartas a Remedios. ¿Cómo le iba a decir después que todo aquello era mentira?

Los dos sabían que se lo tendrían que confesar. Sin un motivo fundado, sin una queja razonada, sin un disgusto violento que los separara, se sentían separados, distanciados ya.

Era el convencimiento de que no llenaban las condiciones que habían apetecido para pasar la vida juntos, sin darse cuenta apenas, sin proponérselo, por una creciente simpatía electiva.

En ellos se había apagado la pasión. Era una amistad débil la que los unía; aquel lugar nuevo los había hecho mirarse como dos extraños. Las noches de *lunar* (luna), los ocasos; la grandeza del panorama, del mar; lo pintoresco y extraño de su nueva existencia había borrado los recuerdos de sus años de Madrid, de sus paseos enamorados, de sus dificultades para verse a solas... Todo el idilio verdadero, vivido con sencillez, sin pretender idealizarlo, sin darle importancia, se derrumbaba, se perdía en el idilio falso, amañado, cuyo personaje principal tenía que ser la Naturaleza misma.

No era Enrique el hombre en cuya compañía pasaría Elisa la vida entera sin casarse. Era bueno, atento, condescendiente; pero ella no podía resignarse a estar constantemente a su lado. No le amaba lo bastante quizás.

Enrique conocía que no era Elisa esa mujer que absorbe todos los sentidos y aquieta el corazón, para no desear y nada más y descansar en su regazo sin desasosiegos. Tenía ganas de volverla a su casa y quedarse de nuevo libre.

A veces, uno y otra pensaban en lo distinto de su vida si hubiesen vivido solos. Entonces hubiesen tenido amigos, se hubieran divertido... Hubieran ido al

casino... Hubieran estado en la playa... Hubieran tomado parte en toda la vida de la colonia.

Tal vez el mal estaba en no haberlo hecho así, en haber intentado una vida que no pueden permitirse más que las contadas parejas que tienen un ideal común y un amor arraigado. Habían llegado al hartazgo, al aburrimiento. Aún se respetaban, pero de seguir así, se aborrecerían. No eran los mismos de Madrid; se veían como dos amantes de ocasión que se hubiesen unido en el tren, por un encuentro fortuito y que no se acoplaran, con ese acoplamiento de las figurillas de papel recortadas que se unen a su molde.

Comprendían con inmensa tristeza que su sueño había terminado; habían querido forzar la vida y se habían destrozado en su intento.

Pensaban a veces que tal vez al volver a Madrid podrían volver a *encontrarse*, a *recordarse*; pero aquella débil esperanza se deshacía pronto. Llevaban ya ambos demasiado deseo de separación, de liberación. Estaban demasiado convencidos de que no podían hallar juntos la felicidad. Habían agotado en pocos días la ilusión que los debía haber mantenido muchos años. En el fondo tenían el convencimiento de que una vez en Madrid se habían de separar para siempre. Una separación sin rencor y sin odio, una separación que no iría precedida de tempestades, de celos y de estallidos de la pasión que muere y se aferra desesperada al corazón que va a abandonar. No. Su caso era más triste, más desconsolado, era el de ver morir su cariño en frío, en los momentos en que intensamente quisieron hacerle vivir. Extinguirse por anemia, por consunción.

XIV

Se quejaban de las cosas que tanto les habían agradado, pero cuidando de no llegar a un acuerdo los dos en su queja. Querían salvar aquel lugar que había de quedar en sus recuerdos, marcado como un buen recuerdo, de esos que iluminan la vida.

Un día decía ella:

—¡Estas comidas, que no seacaban nunca!... Se pierde el apetito entre plato y plato!

—¿Qué importa eso?—replicaba Enrique. Mira el mar. Hoy tiene un color verde veronés con los reflejos de las algas en la marea alta y toda la playa está estancada de espuma. Está bien hecha la comparación de las olas con el encaje. Nada tenemos que hacer y todo se exalta aquí frente al mar.

Otro día murmuraba él:

—Me levanto baldado de esta cama de tablas.

—Pero eso es muy higiénico y muy saludable—decía ella.

En otra ocasión era Elisa la que se quejaba:

—Me voy a quedar sin riñones de levantar del suelo este cántaro de barro que me sirve de jarro.

Pero él contestaba:

—Estás de mejor color que nunca. Esta morenez del sol te sienta bien.

En lo que más concordaban era en la molestia de la niebla. Los días de niebla los agobiaban, más que por nada, porque los privaban de toda aquella ayuda que les prestaban las cosas externas, y los dejaban entregados a ellos mismos, teniendo que esforzarse para ocultar el fastidio y el desamor que los dominaban.

La niebla empezaba por ser una cosa tenue; un vapor, como el polvo de un remolino que empujase el viento. Se la veía correr sobre la superficie del agua, extenderse sobre la tierra y poco a poco irse condensando para dar aquella impresión de un cielo que se aploma, que oprime y causa la fatiga de verse envueltos en cielo, como si se le llevase igual a una cosa blanda, pegajosa y asfixiante, liado al cuerpo.

Se empujaba el horizonte para no dejar ver nada más que en un pequeño radio en torno suyo; todo lo demás, quedaba envuelto en un misterio henchido de amenazas. Gritos de las sirenas de los vapores, que parecían gritos de agonía y

de auxilio... Voces de la boina del faro, avisando el peligro de la proximidad de la costa. Aquel sonido se prolongaba lastimero, con algo de ahullido de perro que huele la descomposición. Hasta el mar tenía un eco melancólico, bajo su capa de nubes. Parecía que por un milagro llegaban a la orilla las voces de todos los que estaban en peligro en aquella hora y quizás también los acentos de los que habían perecido en ese mar. Ese lamento que se supone siempre en las almas de los cadáveres insepultos y que no alcanza a los naufragos, porque para librarse de la emoción de ese duelo constante se ha supuesto que las aguas del mar son sagradas; sirven de compensación de los sacramentos a los que mueren en ellas, y se puede dormir el último sueño en su fondo con tanta serenidad como en esa tierra bendita de los camposantos que tanto crean que influye en el reposo del difunto.

XVI

Pasaban los días que ya contaban en silencio con el deseo de irse. Habían invertido la manera de contar. En vez de decir hoy es día 3, pasaban: «Faltan nueve días, fuera de hoy y del día que nos vamos.» Aquellos dos días que quitaban de su cuenta hacía más optimista el número de los que les restaban.

Sin embargo, ninguno de los dos había querido adelantar un solo día a la partida. Era como si la fuerza del paisaje los encadenase para no querer dejarlos escapar. Eran días tan apacibles, tardes tan rosas, en las que el haranjo de las nubes se retrataba en las olas y en la tierra humedecida, noches tan serenas y tan esplendorosas de luna que las contemplaban encantados desde aquella pequeña terraza, donde se abrazaban como dos enamorados, para acabar de completar su papel. La enredadera, pasando la tablazón del cobertizo del porche, extendía los tallos tiernos por los viejos y nudosos troncos que formaban la baranda, ocultándoles que allí a sus pies estaba el abismo, arteramente oculto por la disposición de la techumbre. Seguían viviendo de todos los pequeños detalles, de las cosas que en Madrid no hubieran reparado siquiera. Poco a poco sus paseos se habían reducido; no iban más que por la *estralla*. Bajar el camino de Colares era insoportable por el polvo, y en el pinar, en el borde de un matorral formado por las ramas que brotan alrededor del tronco de un pino cortado, al ir a coger un lirio blanco, habían visto una especie de huevecillo, blanco, pintado, como los huevos de totovía, que les había sugerido la idea algún terrible reptil, atemorizándolos para no volver más.

Ya en la *estralla* llegaban a *Los Hovanos*; se sentaban en el poyo de piedra de la fuente, y se entretenían en ver pasar labriegos, llevando bajo el brazo esas largas varas que parecían picas.

Con frecuencia había fiestas en aquellos pueblecillos, que celebraban sus fiestas. Paseaban entonces por la carretera alegres pandillas a pie, tocando las violas y cantando; gentes montadas en burros, algunos de la colonia usaban aquel medio de locomoción, iban subidos a horcadas sobre aparejos tan anchos que era como si las *burriñas* llevaran miriñaque, y apenas podían asegurarse encima. Otros pasaban en coches, en automóviles, en carros y carruajes engalanados de flores y ramos verdes. Una verdadera romería alegre, en la que sus preocupaciones celosas no les dejaba tomar parte. Todos se divertían y sólo ellos no se divertían como todos. Día había que el pequeño pueblo de los Manzanos parecía una gran ciudad, según el número de coches y automóviles que esperaban en torno de los hoteles.

Entre aquella alegre multitud pasaban también los viejecitos mendigos, tan apiadables; tocados con la vieja barretina negra, con el morral al lado, muy encorvados, tan encorvados como si la costumbre de andar amagados hiciese un arco de su espina dorsal. Eran mendigos inclinados, que recordaban los pinos torcidos, mendigos temblantes, mendigos del campo, más apiadables que los de la gran ciudad... Mendigos viejos, que parecían vivir solos en alguna cueva o establo. Viejecitos arrugados, sin pestañas, con ojos escondidos y con sucias barbas blancas. ¿Qué edad tendrían? Indudablemente, ni ellos mismos lo sabían va...

Cuando todos habían pasado se entretenían en contemplar el paisaje. Los pequeños corralillos que se hacían en torno de las vides, las particularidades pintorescas que ofrecían las casas. Esa de la estrella de hierro sobre la bola de los extremos; esa otra toda de azulejos, verdadero palacio, alto, con un jardín donde hay un león y estatuas de guerreros. Aquella otra, con la torre en linterna que parece un faro...

Eran esos detalles de las cosas, lo superfluo, lo improductivo, lo que les daba valor y los sacaba de la vulgaridad; lo que hacía pensar que eran hombres de espíritu y no toscos burgueses los que las habían construido.

Volvían a desandar el camino en silencio, desanimados, dando con la contera de los bastones en aquellas plantas marítimas, que no se sabía por qué nacían tan lozanas y llenas de jugo, en un terreno estéril para las otras plantas, como si la tierra no quisiera allí alimentar más que a las parasitarias e infecundas.

Y siempre, al cerrar el nuevo día que los acercaba a la partida, el mismo sentimiento de amor al campo y al mar que iban a dejar. La misma melancolía de despedida, la misma tristeza al decir *adiós* a la felicidad que no habían hallado.

XVII

No se detuvieron en Lisboa más que un día. Lo preciso para comprar los recuerdos. Es indispensable que siempre que se llega de un viaje al Extranjero, se lleven los recuerdos. Elisa no tenía a quién llevarle sino a Remedios; pero Enrique se acordaba de toda su parentela y de todos sus amigos. Ella compró una nave de filigrana de plata en la *Rua Do Ouro*, donde estaban las principales joyerías. Pueblo de navegantes, inspirando su arte en sus conquistas coloniales, la vieja labor española de filigrana, era un medio de representar aquellas lindas carabelas, con velas y cordaje argentados, con sus calados deliciosos. Quizás recuerdo de la nave en que partió Don Sebastián, y en la que la tradición dice que ha de volver en una noche de luna, después de una mañana de *nevoa* (niebla) el monarca *estremecido* (amado) del espíritu portugués, aunque ahora si volviese, no le dejarían ya entrar en el puerto.

Se compró también unos pendientes de filigrana de oro; unas rosecitas caladas, de una labor preciosa, y un colgante; un aro de oro en el que había inscrita en relieve una cochinilla esmaltada, una de esas *sanjuanitas*, de caparazón rojo con puntitos negros, que traen la buena suerte, y cuya moda ha sustituido del número 13 al viejo cuernecillo de coral, a la hoja de trebol de cuatro hojas, al grotesco kiriki y a la feliz pareja de madejita de lana *Nenekle y Relisutin* que habían sido los fetiches de la guerra y ahora dormían olvidados en el fondo de los cajones, sin que nadie les prestara atención. Compró también porcelanas de Caldas, en el Gato Brieto, y la caricatura en barro de Bernardino Machado, con una gran cartera bajo el brazo y el sombrero en la mano, en actitud de saludar, con su risa amable y su rostro franco yalegre.

Aquellas compras los entretuvieron, borraron la mala impresión de dejar *Los Manaños*; la tristeza de la última noche de luna en su terraza, ante el maravilloso paisaje que dejaban, quizás para siempre. Aquella noche se habían abrazado más estrechamente, con la certeza de que ellos se perdían también.

XVIII

Estaban de nuevo en el tren. Otra vez habían pasado aquel gran túnel que ya no les dió miedo, y habían dejado a su espalda los hermosos campos portugueses, los grandes olivares y las plantaciones de alcornoques, que despojados del corcho de su corteza, aparecían como deshollados con sus troncos blanquecinos, a un lado y a otro de la vía férrea.

Respiraron cuando se vieron libres de la sujeción de las fronteras; habían sentido esa sensación de estar cogidos en un lugar donde era preciso que se abriese una puerta para dejarlos salir y la otra recorriese su cerrojo para dejarlos entrar. Había siempre como un miedo de cárcel en la frontera, un miedo

a una denuncia; un miedo a que si el pasaporte decía *buen color*, y ellos estaban pálidos no los dejasen pasar.

Una vez pasada Valencia de Alcántara, respiraban. Era ya vía libre, un camino de España, sin impedimentos, que los llevaba de un tirón a Madrid.

Hay siempre un pánico en llegar tarde a la frontera; lo irremediable de que nos digan al llegar que ya se ha marchado el tren; las interminables veinticuatro horas en una fonda de estación o teniendo que salir al pueblecillo y pasar el día en una de aquellas fondas que guisan suculentemente a la extremeña, entreteniéndose el fastidio en pasear por la gran plaza o por aquel paseo cuya forma le ha hecho tomar el nombre de *Paseo del Chorizo*, sin más distracción que ver volar las cigüeñas que anidan en una vieja torre.

Habían escapado a todo eso; era un viaje feliz. En el vagón donde habían entrado en Valencia de Alcántara no había más que un señor gordo, que dormitaba envuelto en su guardapolvo y con la gorra sobre los ojos, y una señora vieja, muy tiesa y perispuesta, que miraba por la ventanilla constantemente, como absorta en el paisaje, para fisgar todo lo que pasara a su alrededor con mayor comodidad, sin parecer preocuparse de nada.

Ellos colocaron sus equipajes, cada uno en un lado. Ya se había desatado en la frontera aquel lazo que los había unido en Portugal. Era como si se hubiesen casado en él al llegar y se divorciaran al salir. Habían sido esposos y volvían a ser amantes; pero sólo en la apariencia, en el fondo ya no eran nada; se sentían ahora más claramente distanciados; después de la vida en común que se rompía sin pena, no quedaba entre ellos nada ya.

En una red había puesto él su maleta y su portamantas; en la otra colocó ella su saquito de mano. Por un movimiento instintivo se quitó también el sombrero, y lo colocó en la red. Sus cabellos revolotearon con el aire de la marcha del tren. Le pareció sentir la cabeza libre de un yugo pesado. Era como si se libertase de nuevo.

Reclinada en una almohada de las que alquilan en las estaciones, meditaba en la continuación de su vida; en su labor, en sus trabajos, en sus rigurosas economías.

Iba a quedar el vacío de aquellas horas de amor, prometedoras de ilusiones... Aquella idea la entristecía; pero, sin embargo, sentía que ella no amaba ya a Enrique; que él no la amaba tampoco. Estaba allí frente a ella, con los ojos fijos en ~~ella~~ que acababa de comprar.

Lo que más la atormentaba era la confesión de todo aquello a Remedios, el tenerle que decir que sus cartas habían estado llenas de engaños.

Por un momento pensó en que aún podrían afianzarse a aquel amor que se escapaba para hacerle revivir. Fué a tender los brazos hacia Enrique, a estrecharlo contra ella... pero Enrique había dejado deslizar suavemente el periódico de su mano, y un suave ronquido anunciaba que no era presa de las emociones que Elisa le imponía. El señor gordo seguía dormitando, y la señora, despierta y avispada, la miraba esta vez atentamente, como si se diera cuenta de algo anormal cuyo secreto deseaba penetrar. Elisa hizo un esfuerzo para no romper a llorar, y tomando el *Heraldo* empezó a leer a la débil luz del vagón.

XIX

Enrique seguía durmiendo. Ella no había pegado un ojo en toda la noche. Los primeros rayos del sol traían algo de alegre y danzarín. Jugueteaban en los vidrios de las ventanillas, empañados por el rocío de la noche, queriendo penetrar en el fondo de los vagones de un modo travieso y cascabeleante, para despertar a los durmientes.

Entonces Elisa se levantó; fué al cuarto de la *toilette* para lavarse las manos y la cara. Sacó de su saquito el tubo de glicomiel, especie de vaselina, que no empringaba el cutis para que se pegase en él el polvo del camino y el humo de la máquina; y luego pasó la borla impregnada en polvos *rachel* sobre su rostro. El mar la había quemado tanto, que no podía ponerse los polvos blancos. Miraba con complacencia su tez morena, era el color de moda que imitaban las elegantes.

tes, poniendo tintura de yodo en el agua de sus jofainas. La carne se había oscurecido por las emanaciones del yodo natural por el sol y el aire... Se sentía más fuerte, más ansiosa, más llena de vida. Lo que le disgustaba era la moñeréz de sus manos, qué era lo que más cuidaba, porque para ella, el supremo lujo de *toilette* era ese lujo de pulirse las uñas, que es lo primero que aprenden todas las que quieren ser elegantes. Se peinó, catentó las tenacillas en el pequeño infierillo de alcohol condensado, extirpó con las pinzas algún vello rebelde de su entrecejo, que podía dar llaneza al rostro, vertió sobre su pecho el frasco de perfume y volvió al vagón cuidada y rozagante, como repuesta de todas sus fatigas del viaje, cuando Enrique se despedezaba, abriendo mucho la boca, pastosa por la influencia del tabaco y del sueño.

XX

¡Entraban en Madrid! Una sensación indefinible de alegría y de tristeza a un tiempo mismo se apoderaba de ellos. Pero no tenían tiempo de entregarse a su impresión. El tren se detenía ya en la *Estación de las Delicias*, esa estación lejana de Madrid como otro pueblo, donde si se despidieran no podíanse encontrar coche. Enrique corrió a la ventanilla a llamar a un mozo que le llevase los bultos del equipaje, mientras ella alcanzaba de la red su saquito de mano, su bolsillo y su gabardina.

Hubo un momento en que fué a ponerse el sombrero; con el alfiler entre los dientes, delante del espejito apaisado del vagón. Después, vio que Enrique no la miraba, clavó el alfiler en el sombrero y lo volvió a dejar en la red. ¿Para qué lo quería ya? Debía quedar allí como olvidado, sin que Remedios la viese con él puesto. Llevar aquella prenda había sido como una traición a su vida y a su profesión.

Todavía quedaba que desatar un lazo. Venían los dos baúles facturados juntos. Mientras ella esperaba en un coche, Enrique fué con el mozo a despacharlos. Su saco de mano y su maleta lo aguardaban en otro coche.

Cada baúl fué colocado en un pescante. Entonces él se acercó con prisa a despedirse... No se atrevió a besarla allí, y le estrechó la mano con ternura.

—¡Hasta pronto! Yo te escribiré...

Fué su coche el que salió primero; detrás iba el coche de ella. Los cocheros debían conocer muchas historias de los que llegan juntos y toman coches diferentes.

Sentía ganas de llorar, pero el aire de la mañana y el aspecto de aquel barrio de Madrid, que despertaba, eran optimistas. Enrique había de volver, sus relaciones duraban aún, se extinguirían sin violencia; y el recuerdo de sus días de playa quedaría en su memoria con toda la fuerza del bello sueño de autor que no se había realizado. El iba ya preocupado sólo de sus asuntos y a ella lo que la inquietaba más era llegar a casa antes de que Remedios, que no la esperaba, se hubiese marchado al taller. Todavía los dos coches se cruzaron el año con el otro varias veces y Enrique y ella pudieron cambiar un saludo amistoso. Después el coche de él, siguió por el Prado y el de ella subió la calle de Atocha.

Carmen de Oros
Colombine

LA GENERALIDA, Compro alhajas, dentaduras, pago su valor verdad.
 POSTAS, 28, PLATERIA.-TELEFONO 54-M

MUEBLES

de lujo y económicos.
 Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA BOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

CAJAS DE PAPEL

Millares a elegir desde 75 cts.
EL ARCA DE NOE

Corredera Baja, 39

Fotografía BIEDMA

Calle de Alcalá, núm. 23
 Teléf. M-730. Hay ascensor.

Young England



SASTRERIA DE MODA

San Bernardo, 20

NOTA.-Se admiten géneros

LOS CALZADOS RIAÑO

SE RECOMIENDAN POR SU ELEGANCIA Y DURACIÓN

5, Argensola, 5

MADRID

PEÑA

COMPRO Y PAGO MÁS QUE NADIE, ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE
 SAN BERNARDO, 52.-T.º 5196-M

ESTEBAN ARIZA

Ortopédico constructor
CASA ESPECIAL EN FAJAS Y BRAGUEROS

44, FUENCARRAL, 44

Evita el dolor de nuélas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRICO
 Perfuma el aliento
Alcoholato. - Carmen, 10



¡EUREKA!

CALZADO WALK-OVER

Nicolás M. Rivero, 11
 MADRID

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE

MARTINEZ, H. NOS

ALMACEN DE MATERIAL ELECTRICO

MADRID

Teléfono M-5087.

Fuencarral, 12.

Material eléctrico
F. BRIHUEGA

TCARMEN 3200

Importante.

La calvicie es una enfermedad del cabeho, que se evita usando el **ALCOHOLATO**, por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello, con su primitivo color. Se vende en las perfumerías y droguerías.

ES COMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido. **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34.** pone los precios en cada artículo, y el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

Dolor de cabeza

neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídense en farmacias.

Limpie Vd. los metales con

“AERO”
más que el oro
y brillaran



El mejor tónico y nutritivo

Emilia Hernández

Instructora de aparatos Ortopédicos, bragueros, fajas, etc., etc.

Plaza Provincia, 3.-Tel. 3-277
Casa fundada en 1866

Camisería Ridruejo

Novedades en corbatas cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.—Medias y calcetines.— Géneros de punto.— Pañuelos de seda y algodón.— Canastillos y equipos.

R. Martínez Ridruejo

Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

Ciudadanos: Deseáis obtener con rapidez algún encargo, así como también documentaciones, certificaciones e informes comerciales. Consultar a la **Agencia Verano**, la que os facilitará lo que deseéis. Correspondencia al director **Juan J. Verano**, Costanilla de los Capuchinos, núm. 3, 3.ª izqda.—MADRID



KIRIKI

LAS FAMOSAS AVENTURAS DE UN NIÑO BOLCHEVIKI

Novela infantil en consonancia con el espíritu iniciado del niño moderno, la cual se aparta por completo, tanto del trillado camino de los eternos cuentos infantiles, como de las astracanadas charlotescas y de los espeluznantes episodios detectivescos. Por su estilo, el interés y la amenidad de la anécdota y sus maravillosas ilustraciones en cinco colores, deleitará por igual a personas mayores y a los niños.

MARAVILLOSAMENTE ILUSTRADO EN CINCO COLORES

46